

## Antología de textos: el género dramático

MOLIÈRE

### Tartufo

TARTUFO:—El Cielo os sea siempre propicio, os dé salud de cuerpo y de alma y bendiga vuestros días tanto como lo desea el más humilde de aquellos que viven inspirados por el celestial amor.

ELMIRA:—Muy agradecida quedo a ese piadoso deseo. Pero tomemos una silla para estar mejor.

DORINA:—Yo soy quien os dejo tranquilo, que solo he de deciros dos palabras. La señora va a descender a esta sala y os pide la gracia de una conversación.

TARTUFO:—¿Os sentís repuesta de vuestro mal?

ELMIRA:—Del todo. La fiebre pasó muy pronto.

TARTUFO:—Muy de mi agrado.

DORINA (*Aparte.*):—¡Cómo se ablanda! A fe que sigo pensando lo que siempre.

TARTUFO: —No tienen mis plegarias el mérito que es menester para haber atraído esa gracia de lo alto; mas dígoos que no he hecho al Cielo ninguna devota instancia que no haya tenido por objetivo vuestra convalecencia.

ELMIRA:—Ciertamente vuestro celo se ha interesado en exceso por mí. Así lo entiendo, y creo que por mi salvación os tomáis ese cuidado.

TARTUFO:—Nunca hay exceso en anhelar vuestra cara salud y por restablecerla gustoso hubiese dado la mía.

TARTUFO (*Apretando la punta del dedo de ELMIRA*):—Sin duda, señora; y tal es mi fervor...

ELMIRA:—Eso es llevar muy lejos la caridad cristiana. Mucho os agradezco tantas bondades.

TARTUFO:—Harto menos hago por vos de lo que merecéis.

ELMIRA:—¡Uf, cuánto me apretáis!

TARTUFO:—Hágolo por exceso de celo, no por causaros otro daño. Antes bien... (*Le apoya la mano en la rodilla.*)

ELMIRA:—He querido hablaros en secreto de un negocio y me contenta en extremo que nadie nos aceche.

TARTUFO:—La misma cosa me contenta a mí; que me es muy dulce verme solo con vos, señora. Ocasión era esta que había pedido con ahínco al Cielo sin que hasta ahora me fuera concedida.

ELMIRA:—¿Qué hace vuestra mano ahí?

TARTUFO:—Tocaba vuestro vestido, que es de tela muy suave.

ELMIRA:—Dejadme, os lo ruego; que soy muy cosquillera.

Molière, *Tartufo* (1664) (fragmento).

## ARISTÓFANES

### Las avispas

BDELICLEÓN.—(Asomándose a la ventana.) ¡¿Eh, Xantias, Sosias, estáis durmiendo?!

XANTIAS.—¡Ya está ahí ese!

SOSIAS.—¿Qué hay?

XANTIAS.—Que Bdelicleón se ha levantado.

BDELICLEÓN.—A ver, pronto aquí uno de vosotros. Mi padre ha entrado en la cocina y está royendo no sé qué, como un ratón dentro del agujero. Tú, mira no se escape por el tubo de los baños; y tú, recuéstate contra la puerta.

SOSIAS.—Entendido, señor.

XANTIAS.—¡Oh, poderoso Poseidón! ¿Quién hace tanto ruido en la chimenea? ¡Eh, tú! ¿Quién eres?

FILOCLEÓN.—(Tratando de salir por la chimenea.) Soy el humo que salgo.

BDELICLEÓN.—¿Humo? ¿Y de qué leña?

FILOCLEÓN.—Del árbol de los sicofantes.

BDELICLEÓN.—Ya se conoce, por Zeus, pues es la que despide el humo más acre. Ea, adentro pronto. ¿Dónde está la tapa de la chimenea? Adentro he dicho. Encima, para mayor seguridad, pondré esta vigueta. Busca ahora otra salida; soy el más desdichado de los hombres: mañana podrán llamarme ¡el hijo del ahumado!

SOSIAS.—Empuja la puerta. Aprieta ahora mucho y fuerte. Allá voy yo también. Ten mucho cuidado con la cerradura y el cerrojo, no vaya a roer el pestillo.

FILOCLEÓN.—(Detrás de la puerta.) ¿Qué hacéis? ¿No me dejáis ir al tribunal, grandísimos bribones, y Dracontídes será absuelto.

BDELICLEÓN.—¿Y te causará mucha pena, no es eso?

FILOCLEÓN.—El oráculo de Delfos, un día que le consulté, me predijo que moriría cuando se me escapase un acusado.

BDELICLEÓN.—¡Oh Apolo, patrono nuestro, vaya un oráculo!

FILOCLEÓN.—Vamos, por piedad, déjame salir o reviento.

BDELICLEÓN.—Nunca, Filocleón, nunca; lo juro por Poseidón.

FILOCLEÓN.—Pues romperé la red a mordiscos.

BDELICLEÓN.—¿Pero si no tienes dientes!

FILOCLEÓN.—¡Ah, desdicha!... ¿Cómo podría matarle? ¿Cómo? Traedme pronto mi espada, o la tablilla para condenarle a muerte.

BDELICLEÓN.—(Ya en el suelo.) Ese hombre maquina alguna trastada.

FILOCLEÓN.—Nada, palabra de honor: solo deseo salir a vender el asno con su albarda, hoy, que es la feria de la luna nueva.

BDELICLEÓN.—Y dime: ¿no lo podría vender yo mismo?

FILOCLEÓN.—No tan bien como yo.

BDELICLEÓN.—Muchísimo mejor. Ea, trae el asno. (FILOCLEÓN se va en busca del asno.)

XANTIAS.—¡Buen pretexto ha imaginado para que le sueltes!

Aristófanes, *Las avispas* (422 a.C.) (fragmento).

FEDERICO GARCÍA LORCA

**Bodas de sangre**

*(Sale la criada rápidamente; desaparece corriendo por el fondo.)*

MADRE.—Mientras una vive, lucha.

NOVIO.—¡Siempre la obedezco!

MADRE.—Con tu mujer procura estar cariñoso, y si la notas infatuada o arisca, hazle una caricia que le produzca un poco de daño, un abrazo fuerte, un mordisco y luego un beso suave. Que ella no pueda disgustarse, pero que sienta que tú eres el macho, el amo, el que mandas. Así aprendí de tu padre. Y como no lo tienes, tengo que ser yo la que te enseñe estas fortalezas.

NOVIO.—Yo siempre haré lo que usted mande.

PADRE.—*(Entrando.)* ¿Y mi hija?

NOVIO.— Está dentro.

MUCHACHA 1.—¡Vengan los novios, que vamos a bailar la rueda!

MOZO 1.—*(Al NOVIO.)* Tú la vas a dirigir.

PADRE.—*(Saliendo.)* ¡Aquí no está!

NOVIO.—¿No?

PADRE.—Debe haber subido a la baranda.

NOVIO.—¡Voy a ver! *(Entra.) (Se oye algazara y guitarras.)*

MUCHACHA 1:—¡Ya ha empezado! *(Sale.)*

NOVIO.—*(Saliendo.)* No está.

MADRE.—*(Inquieta.)* ¿No?

PADRE.—¿Y adónde puede haber ido?

CRIADA.—*(Entrando.)* Y la niña, ¿dónde está?

MADRE.—*(Seria.)* No lo sabemos. *(Sale el novio. Entran tres invitados.)*

PADRE.—*(Dramático.)* Pero ¿no está en el baile?

CRIADA.—En el baile no está.

PADRE.—*(Con arranque.)* Hay mucha gente. ¡Mirad!

CRIADA.—¡Ya he mirado!

PADRE.—*(Trágico.)* ¿Pues dónde está?

NOVIO.—*(Entrando.)* Nada. En ningún sitio.

MADRE.—*(Al padre.)* ¿Qué es esto? ¿Dónde está tu hija? *(Entra la mujer de Leonardo.)*

MUJER.—¡Han huido! ¡Han huido! Ella y Leonardo. En el caballo. Van abrazados, como una exhalación.

PADRE.—¡No es verdad! ¡Mi hija, no!

MADRE.—¡Tu hija, sí! Planta de mala madre, y él, él también, él. Pero ¡ya es la mujer de mi hijo!

NOVIO.—*(Entrando.)* ¡Vamos detrás! ¿Quién tiene un caballo?

MADRE.—¿Quién tiene un caballo ahora mismo, quién tiene un caballo? Que le daré todo lo que tengo, mis ojos y hasta mi lengua...

Federico García Lorca, ***Bodas de sangre*** (1933) (fragmento).

William Shakespeare

### Hamlet

HAMLET.—¡Ay! ¡Pobre Yorick! Yo le conocí, Horacio..., era un hombre sumamente gracioso de la más fecunda imaginación. Me acuerdo que siendo yo niño me llevó mil veces sobre sus hombros... y ahora su vista me llena de horror; y oprimido el pecho palpita... Aquí estuvieron aquellos labios donde yo di besos sin número. ¿Qué se hicieron tus burlas, tus brincos, tus cantares y aquellos chistes repentinos que de ordinario animaban la mesa con alegre estrépito? Ahora, falto ya enteramente de músculos, ni aún puedes reírte de tu propia deformidad... Ve al tocador de alguna de nuestras damas y dila, para excitar su risa, que porque se ponga una pulgada de afeitado en el rostro; al fin habrá de experimentar esta misma transformación... Dime una cosa, Horacio.

HORACIO.—¿Cuál es, señor?

HAMLET.— ¿Crees tú que Alejandro, metido debajo de tierra, tendría esa forma horrible?

HORACIO.—Cierto que sí.

HAMLET.—Y exhalaría ese mismo hedor... ¡Uh!

HORACIO.—Sin diferencia alguna.

HAMLET.—En qué abatimiento hemos de parar, ¡Horacio! Y ¿por qué no podría la imaginación seguir las ilustres cenizas de Alejandro, hasta encontrarla tapando la boca de algún barril?

HORACIO.—A fe que sería excesiva curiosidad ir a examinarlo.

HAMLET.—No, no por cierto. No hay sino irle siguiendo hasta conducirlo allí, con probabilidad y sin violencia alguna. Como si dijéramos: Alejandro murió, Alejandro fue sepultado, Alejandro se redujo a polvo, el polvo es tierra, de la tierra hacemos barro... ¿y por qué con este barro en que él está ya convertido, no habrán podido tapar un barril de cerveza? El emperador César, muerto y hecho tierra, puede tapar un agujero para estorbar que pase el aire... ¡Oh!... Y aquella tierra, que tuvo atemorizado el orbe, servirá tal vez de reparar las hendiduras de un tabique, contra las intemperies del invierno... Pero, callemos... hagámonos a un lado, que... sí... Aquí viene el Rey, la Reina, los Grandes...

William Shakespeare, *Hamlet* (1601) (fragmento).

## DUQUE DE RIVAS

### Don Álvaro o la fuerza del sino

D. ALFONSO.— Soy un hombre rencoroso  
que tomar venganza sabe.  
Y porque sea más completa  
te digo que no te jactes  
de noble... eres un mestizo,  
fruto de traiciones.

D. ÁLVARO.— Baste.

(En el extremo de la desesperación.)

¡Muerte y exterminio! ¡Muerte  
para los dos! Yo matarme  
sabré, en teniendo el consuelo  
de beber tu inicua sangre.

(Toma la espada, combaten y cae herido don Alfonso.)

D. ALFONSO.—Ya lo conseguiste... ¡Dios mío! ¡Confesión! Soy cristiano... Perdonadme...  
salva mi alma.

D. ÁLVARO.—(Suelta la espada y queda como petrificado.) ¡Cielos! ¡Dios mío! ¡Santa  
Madre de los ángeles!... ¡Mis manos tintas en sangre... en sangre de Vargas!...

D. ALFONSO.— ¡Confesión! ¡Confesión!... Conozco mi crimen y me arrepiento...  
Salvad mi alma, vos que sois ministro del señor...

D. ÁLVARO.—(Aterrado) ¡No, yo no soy más que un réprobo, presa infeliz del  
demonio! Mis palabras sacrílegas aumentarían vuestra condenación. Estoy manchado  
de sangre, estoy irregular... Pedid a Dios misericordia... Y... esperad... cerca vive un  
santo penitente... podrá absolveros... Pero está prohibido acercarse a su mansión...  
¿Qué importa? Yo que he roto todos los vínculos, que he hollado todas las  
obligaciones...

D. ALFONSO.— ¡Ah! Por caridad, por caridad...

D. ÁLVARO.— Sí; voy a llamarlo al punto.

D. ALFONSO.— Apresuraos, padre... ¡Dios mío! (Don Álvaro corre a la ermita y golpea  
la puerta.)

D.<sup>a</sup> LEONOR.— (Dentro.) ¿Quién se atreve a llamar a esta puerta? Respetad este asilo.

D. ÁLVARO.— Hermano, es necesario salvar un alma, socorrer a un moribundo: venid  
a darle el auxilio espiritual.

D.<sup>a</sup> LEONOR.— (Dentro.) Imposible, no puedo, retiraos.

D. ÁLVARO.— Hermano, por el amor de Dios.

D.<sup>a</sup> LEONOR.—(Dentro.) No, no, retiraos.

D. ÁLVARO.— Es indispensable, vamos. (Golpea fuertemente la puerta.)

D.<sup>a</sup> LEONOR.— (Dentro tocando la campanilla.) ¡Socorro! ¡Socorro!

Duque de Rivas, *Don Álvaro o la fuerza del sino* (1835) (fragmento).

MARÍA TERESA DE LEÓN

**Sueño y verdad de Francisco de Goya**

Escena I

*(Música: Goyescas de Granados.)*

LA GLORIA.— Yo soy la Gloria, aquella que camina buscando entre los hombres cuál ha de ser el elegido. Voy de nación en nación, de ciudad en ciudad y de casa en casa y de calle en calle. Papel difícil el que me entregaron los dioses. No sé para qué he venido aquí, a este pueblecito tan feo, tan abandonado de Dios como lo es Fuendetodos, en España. Solamente veo campos desnudos, pero debo buscar a un niño nacido en 1746.

*(Gritos de chiquillos que juegan.)*

¿Cuántos años tendrá ahora? No sé, el tiempo para mí no se cuenta con el reloj. Tiene padre y madre y hermanos... Se llama Francisco...

VOZ. — Franciscoooo...

MUJER. —Déjalo, el padre Joaquín se los ha llevado a la ermita.

*(Canción de mujeres lavando en la fuente.)*

Dijeron que antiguamente  
Se fue la verdad al cielo,  
tal la pusieron los hombres  
Que desde entonces no ha vuelto.

*(Las risas de las mujeres y las voces se confunden con las de los arrieros que vuelven con las yuntas. "Arre, mula". Campanas tocan el Ángelus.)*

MADRE DE GOYA. — Ya vuelven los chiquillos. ¡Jesús, qué sucios! Ya se habrán revolcado en las eras.

MUJER. — Calla, eso no lo permite don Joaquín. Claro que los chiquillos son de la piel del diablo cuando juegan.

*(Voces de niños, gritos y risas.)*

DON JOAQUÍN. — Oye, tú, ¿por qué no juegas como hacen los demás? ¿Es que no te gusta hacer de toro? ¿Por qué has rechazado la cabeza de mimbre? ¿Tú no eres Francisco, hijo de José, el dorador? Familia difícil. Oye, ¿qué año has nacido? Ya ni me acuerdo cuándo te he bautizado. ¿1746? Hijo mío, anda, juega.

María Teresa de León, *Sueño y verdad de Francisco de Goya* (1969?) (fragmento adaptado).